

Carmelo y el Instituto de Estudios Cubanos

Marifeli Pérez-Stable

MI PRIMER ENCUENTRO CON CARMELO NO FUE EN persona. En 1969, siendo estudiante universitaria, me apunté a un seminario sobre relaciones internacionales y escogí el tema de EE. UU.-Cuba para el trabajo de curso. Me tropecé con un ensayo de Carmelo donde argumentaba por el levantamiento del embargo. Fue hace treinta y cinco años —los mismos que cumple el Instituto— y EE. UU. y Cuba siguen en las mismas. Esas lecturas fueron mi primer acercamiento a los estudios sobre Cuba —la de Carmelo muy especialmente por ser cubano—, desataron en mí un proceso intelectual, político y emocional que me acompaña hasta esta tarde en que honramos a Carmelo.

Unos años después, lo conocí en una reunión del Instituto de Estudios Cubanos (IEC) y también a la generación de sus fundadores, muchos de los cuales se conocían desde Cuba. Sólo viví en Miami unos diez meses a principios del exilio, y a través del IEC conocí a otra Cuba. En agosto de 1961 nos fuimos para Pittsburgh y allí me gradué de *high school*. De habernos quedado en Miami, mi conexión con Cuba hubiera sido más fuerte y constante en aquellos años. De cierta manera, me alegro, pues gracias a mi vida en Pittsburgh pude establecer una conexión con este país y llegar a conocerlo más profundamente, cosa que difícilmente hubiera logrado en Miami. Recuerdo haber escuchado a mi padre decir que un joven economista cubano vendría como profesor a la universidad. Pero Carmelo y Elena llegaron cuando nosotros nos íbamos y no nos conocimos entonces.

En aquella época mis recuerdos de Cuba estaban casi totalmente limitados a la vida familiar, a mi colegio y al círculo de amiguitas que nos reuníamos a jugar y que escasamente nos asomábamos a la adolescencia en 1960 cuando nuestra partida ya era inevitable. Esos recuerdos se mantuvieron vivos en los viajes a Miami durante los veranos de la década de los 60, en los encuentros familiares y con mis amigos de Cuba —ya éramos muchachas— que vivían aquí.

A principios de los 70 conocí ese pedazo de Cuba que ciertamente hubiera sido mío también de haber llegado a

la adultez antes de la Revolución, o si el fin a la dictadura de Batista se hubiera producido mediante un pacto político: el de los cubanos que se preocupaban por nuestra cultura en el sentido propio y amplio de la palabra. Fue precisamente el IEC el que me presentó a esa Cuba por medio de Carmelo, María Cristina Herrera, Nazario Vivero, José Ramón Villalón, Manolo Fernández, José Ignacio Rasco, Víctor Batista, Pepe Prince, José Ignacio Lasaga, Lourdes Casal —quien en la intimidad a menudo se refería a Carmelo como *Table-Lake*—, para mencionar sólo a unos cuantos.

De cierta manera, hablar de Carmelo en el Instituto es hablar del IEC en sí y de María Cristina, de su empeño e insistencia a lo largo de treinta y cinco años, de vacas gordas y vacas flacas, en las duras y en las maduras. Pero también hay que hablar de todos nosotros: de los de ahora y de los de entonces, de todos los que le hemos hecho caso a María Cristina; por ella, claro, pero quizás sobre todo porque el IEC encierra una manera muy cubana de ser intelectual, del quehacer intelectual que no es propiamente académico en el sentido estrecho que a veces prima en EE. UU. Por eso, creo yo, es que Carmelo y todos nosotros le hicimos caso a María Cristina a lo largo de los años y por eso hoy contamos con nuevas generaciones de cubanos —la mayoría formados en la Isla— que se reconocen en nosotros y nosotros en ellos.

A principios de los 70, los estudios sobre Cuba en EE. UU. llevaban el sello de la euforia revolucionaria propia de la época y raras veces producían obras de calidad. Como excepción, me vienen a la mente tres libros que —aunque nacieron de esa efervescencia— son y seguirán siendo lecturas imprescindibles para entender a la Cuba revolucionaria: *The Transformation of Political Culture in Cuba*, de Richard Fajen; *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class*, de Maurice Zeitlin, y *The Origins of Socialism in Cuba*, de James O'Connor. Empezaba mis estudios de posgraduado por aquel entonces y esa euforia revolucionaria me arrastraba a mí también. Tuve la fortuna, sin embargo, de que Andrés Suárez fuera mi profesor y también de conocer a Carmelo —primero en 1969 y luego en persona en el IEC—, así como a Jorge Domínguez, Nelson Valdés y otros que —independientemente de preferencias políticas y metodológicas— basaban sus argumentos en la recopilación minuciosa de la evidencia empírica. Fue en parte con ellos que me formé intelectualmente.

Cierro con algo que me encontré en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País en La Habana en el verano de 1989. Se trata de un ensayo de Carmelo, «El contrato de molienda de cañas», en el *Boletín de la Asociación de Colonos* (febrero de 1957), que recibió el Premio José Antonio Saco y el Premio Nacional Ricardo Dolz. Dijo Patterson que llegará el día en que al IEC se le rinda en Cuba el reconocimiento que se merece. Asimismo, también llegará el día en que nos reunamos en el Aula Magna de la Universidad de La Habana para honrar a Carmelo otra vez, cuando se le nombre Doctor Honoris Causa por su labor permanente como decano de los estudios cubanos en EE. UU. Su obra —junto con la de otros intelectuales dentro y fuera de la Isla— es, sencillamente, imprescindible para comprender a Cuba a partir de la segunda mitad del siglo xx.